

INMIGRACIÓN Y MERCADO DE TRABAJO EN ARGENTINA (1880-1914)

Carlos Sixirei Paredes

UNIVERSIDAD DE VIGO

INTRODUCCIÓN

Buenos Aires aparece como una ciudad inmensa que se jugó a la lucha por la vida con pasmosa actividad. Si se mira a su espalda, el puerto y la bahía; si se avanza, los enormes almacenes cargando y descargando toda clase de mercancías que el mundo produce; los vehículos, que no caben en las estrechas calles y los carruajes en la calle Florida, y las tiendas cuajadas de señoras y los espléndidos escaparates, y las mujeres admirables desde el botín al sombrero, y los dependientes del comercio corriendo a su negocio y todo esto confundido por las prisas pasando como una fantasmagoría

Con esta admiración se expresaba el escritor y viajero italiano Carlos d'Amico en 1890. Y razones no le faltaban. Parecido entusiasmo mostraba Rubén Darío no mucho después. La ciudad había experimentado un notabilísimo crecimiento en tan solo 20 años pasando de cerca de 200.000 hab. en 1870 a más de 600.000 en 1890. Miles de personas procedentes de Europa, Asia y de otras partes de Latinoamérica, desembarcaban todos los años en busca de mejor fortuna en un país de hartura, en la Jauja austral cuyas riquezas deslumbraban a los empobrecidos campesinos del viejo mundo, a los aventureros, a los perseguidos políticos o a los parias sociales.

Argentina, como Estados Unidos y más que Brasil, se había convertido en una tierra de promisión, en una especie de paraíso de la libertad donde no había aristocracias, ni privilegios de cuna, ni se pasaba hambre. Donde, lujo inaudito, se mataba un ternero para comerse su lengua asada y se desaprovechaba todo lo demás. O al menos eso se creía aunque luego la realidad resultara harto diferente.

**Buenos Aires, boa terra
Boa terra debe sere
Que leva a fror de Galicia
E non a deixa vovere**

Se quejaba la cantiga entonada por mozos aldeanos, también ellos deseando marchar para regresar ricos o no regresar nunca. Como tantos de sus paisanos.

Ciertamente el mito se sostenía en ciertas realidades. La República Argentina atravesaba un innegable momento de euforia económica y de autoconfianza exultante.

En toda la historia argentina no existe un periodo de desarrollo más significativo que el comprendido entre 1880 y la 1ª Guerra Mundial. No surgió de la nada. Las ten-

dencias al crecimiento, irregular pero sostenido y vigoroso, aparecen con anterioridad y la explosión de las exportaciones permitió alimentar una expansión, que, en relación a lo que ocurría en otras periferias (e incluso centros) y salvo, tal vez, el caso norteamericano, solo cabe calificar de extraordinario.

Sin embargo, en 1880 el país no parecía presentar poderosas razones que justificaran lo que vino después.

EL DESIERTO Y LOS OASIS

En 1880 Argentina era un país muy poco poblado que apenas alcanzaba los 2,5 millones de habitantes. Buenos Aires, recién federalizada, seguía manteniendo un perfil de edificación baja y sobre esta horizontalidad igualitarista en la que no sobresalía más un palacio que un conventillo, solamente destacaban, como en la época colonial, las arquitecturas que representaban el poder tradicional: La torre del Cabildo y los campanarios y cúpulas de las iglesias. Buenos Aires seguía siendo la gran aldea que describió Lucio V. López. Pero esta Gran Aldea no tardaría en convertirse en Cabeza de Goliath, como le llamaría más tarde otro escritor, Ezequiel Martínez Estrada.

Buenos Aires, orgullosa capital de su provincia que desdeñosamente permitía que el gobierno nacional tuviera en ella su sede de prestado, aún contaba con algún edificio destacado como la Aduana o el enorme Teatro Colón que con sus 2.500 localidades sobrepasaba con mucho la demanda cultural de la ciudad mientras que la calle Florida, principal arteria comercial, ofrecía elegantes y bien provistos escaparates. Pero el resto de las ciudades de la República eran como puntos perdidos en un inmenso territorio que todavía en 1875 había que arrebatar a los indios para poder colonizarlo.

Los centros urbanos del país, escasos y alejados entre sí, podían entrar dentro de lo que José Luis Romero llamó como ciudades patricias. Algunas ni eso. Aún permanecían amodorradas en el sueño colonial.

Pero en los años 70 se estaban dando las condiciones para que el país cambiara. El Presidente Avellaneda trazó los planes para poblar la Patagonia. Roca, como Ministro de la Guerra, se encargó personalmente de dirigir la campaña que eliminaría a las tribus indígenas de Río Negro y Neuquén estableciendo una línea de defensa militar que controlara el territorio. El temor expresado por Sarmiento de que el principal enemigo de Argentina era su gran tamaño estaba dejando paso a una gran esperanza que el propio Roca expresaba:

Al favor de los campamentos militares, se levantarán pueblos que, en tiempos no muy lejanos, serán nuevos estados que vengan a aumentar estrellas al escudo de la patria

Para levantar pueblos, se necesitaba gente y este era el principal problema con que se encontraba el Gobierno. Alberdi lo había dicho 20 años antes con extraordinaria clarividencia: "Gobernar es poblar". Y la política argentina se concentró en fomentar una inmigración para completar un paisaje que, hasta ese momento, aparecía como un vasto escenario vacío.

En 1884 culminaban las operaciones de ocupación del Chaco aunque el sometimiento de las tribus indígenas no podría concretarse hasta 1911. Se dominaba, sin embargo, una superficie territorial en la que establecer nuevas poblaciones, explotar la tierra e incrementar la riqueza agrícola y ganadera.

El dominio de las tierras fueguinas, las islas del lejano Sur, la Patagonia y el territorio de Río Negro, el Chaco y Formosa abrieron nuevas perspectivas de riqueza y poblamiento. Argentina ya no era solo la Pampa y la vieja ruta colonial que a través de Córdoba y Salta unía Buenos Aires con el Alto Perú. Argentina era un país de límites reconocidos y el Gobierno hacía notar su presencia en forma de líneas telegráficas, fortines militares, destacamentos policiales, caminos y escuelas.

Sin embargo estos éxitos no parecían conmover a los potenciales pobladores europeos, principal carta con la que contaba el Gobierno para repoblar los desiertos interiores. De hecho a partir de 1873 hay una caída muy considerable del número de inmigrantes que llegaban al país:

Flujo migratorio en miles entre 1870 y 1879

1 8 7 0	3 3 , 5
1 8 7 1	2 0 , 9
1 8 7 2	3 7
1 8 7 3	7 6 , 3
1 8 7 4	6 6 , 3
1 8 7 5	4 2
1 8 7 6	3 8 , 6
1 8 7 7	3 6 , 3
1 8 7 8	4 2 , 9
1 8 7 9	4 0 , 1 1

La llamada "Gran Depresión" que afecta a la economía europea en esos años es una de las principales causas de la retracción inmigratoria que no perjudicaba en exclusiva a la Argentina sino también a los demás territorios a los que se dirigían los emigrantes del Viejo Continente. Pero al mismo tiempo había una campaña en contra promovida por ciertos sectores de la prensa europea con noticias sobre la inseguridad y la peligrosidad de la frontera india y del interior argentino. Los informes consulares, ampliamente divulgados por las Comisiones Gubernamentales de Emigración no contribuían, más bien lo contrario, a animar a los potenciales emigrantes. En Italia se llegó incluso a prohibir en 1876 la emigración a Argentina lo que obligó a una contraofensiva diplomática y propagandística por parte del Gobierno de Buenos Aires.

El ferrocarril fue otro de los medios utilizados para expandir la colonización del interior. Si en 1868 había

construidos 356 kilómetros, en 1879 eran ya 1.386'. Este crecimiento le permitió al General Roca ser el primer Ministro de la Guerra que salió en campaña viajando en tren.

A fines de la década la red de caminos de hierro se extendía en más de sus 2/3 partes por la pampa húmeda uniendo las ciudades de Buenos Aires y Córdoba mientras que el tercio restante correspondía al ramal del Noroeste que comunicaba Córdoba con Tucumán. El ferrocarril sería, en las décadas siguientes, el gran protagonista del poblamiento interior y de la colonización de extensos territorios más allá de la pampa húmeda.

En 1870 las dos provincias más pobladas eran Buenos Aires y Córdoba. Entre las dos sumaban 518.000 hab., algo menos de un tercio del 1.737.100 con que contaba el país. Ni siquiera Buenos Aires, la provincia más poblada, con 308.000 hab., pasaba de ser un semidesierto pues casi dos tercios de esta población residía en la capital quedando alrededor de 120.000 habitantes para un territorio de 307.571 Kms.²

Buenos Aires era, sin embargo, una excepción. En la Argentina de vísperas del boom inmigratorio, la población era mayoritariamente rural. Para el conjunto del país tan solo 1 de cada 3 argentinos vivían en ciudades en 1870 habiendo variado muy poco la proporción 10 años más tarde. Todas ellas, salvo la capital, eran de pequeño tamaño. Córdoba, la segunda ciudad del país, tenía 29.000 hab, seguida por Rosario con 23.000. Mucho más criollas que europeas, el carácter de las ciudades argentinas seguía arrastrando connotaciones de la colonia. El trazado edilicio era irregular. Rosario, que iniciara su crecimiento en 1854 gracias a Urquiza, aún continuaba con aspecto de aldea en la que los ranchos de paja predominaban sobre los edificios de mampostería. En Córdoba la animación se concentraba en dos o tres calles y en torno a la estación del ferrocarril. Los terrenos baldíos asomaban en pleno centro urbano y la fisonomía dieciochesca definía el perfil de la vieja ciudad universitaria. El resto de las poblaciones argentinas en los años setenta eran villorrios un poco gauchos, otro poco indios y un algo europeos.

Los inmigrantes que habían llegado en los años precedentes se situaron en gran parte en la zona litoral. En Buenos Aires, en 1880, el 49,5% de la población era de origen extranjero y en la Provincia era el 20%. Le seguían en importancia Santa Fe (16%) y Entre Ríos (13,8%). En las demás provincias, los inmigrantes representaban proporciones inferiores al 7% con respecto a su población llegando en Santiago del Estero y Tucumán a menos del 0,3%.

Estas cifras manifiestan un cierto fracaso en la política colonizadora del Gobierno argentino. Lo que la ley de Inmigración de 1876 se había propuesto era llevar gente a poblar los desiertos interiores y no concentrarla en la capital. Sin embargo esto era lo que estaba ocurriendo. Buenos Aires, en plena expansión, resultaba más atractiva y ofrecía más oportunidades que el interior. Las tierras que el Estado concedía no lograban neutralizar el temor al indio y el campesino que venía del Piamonte, de Galicia, del País Vasco, de Gales o de Polonia, si se había lanzado a la aventura de la emigración individualmente y dejaba a su familia atrás, pretendía enriquecerse a la

1 Vazquez Presedo: *Estadísticas históricas argentinas* (comparadas). Primera Parte, 1875-1914. Ed. Macchi, Buenos Aires, 1971 y H.A. Silva: *Estadísticas sobre la Inmigración a la Argentina en Inmigración y Estadísticas en el Cono Sur de América*. O.E.A.-I.P.G.H., Montevideo, 1990.

2 Zaldueño, Eduardo: *Libras y Rieles*. Ed. El Coloquio, Buenos Aires, 1975
3 Zulma Recchini y Alfredo Lattes: *La población de Argentina*. INDEC, Buenos Aires, 1975

mayor brevedad posible y no perpetuar las formas de vida que había dejado. Eso solo era posible de realizar en un marco urbano y la recién federalizada capital argentina ofrecía en aquel momento las posibilidades más esperanzadoras. Muchas acabarían en frustraciones y derrotas, otras cuajarían en espléndidas realidades. Las más derivarían en una forma de vida aseada, con múltiples trabajos, pero que permitía juntar algunos ahorros, montar un pequeño negocio y proporcionarle educación a los hijos.

LOS CAMBIOS ECONÓMICOS

En 1880, la superficie en cultivo en la zona pampeana alcanzaba los 54,6 millones de Has. Diez años después esta superficie se había incrementado hasta alcanzar los 83,8 millones de Has.⁴ La Pampa Húmeda ocupaba en 1890 el espacio explotado que ocupa hoy. Las provincias de Buenos Aires y Santa Fe fueron las que más vieron crecer las tierras de cultivos. Que estas tierras se dedicaran a la agricultura o a la ganadería dependió más de las posibilidades de transporte y de la facilidad de acceso a los mercados que de las condiciones de explotación.

Afirma David Rock que antes de 1900 el ganado resultó secundario en la nueva economía exportadora y que no tuvo la menor importancia en la atracción hacia Argentina de mano de obra extranjera⁵. Es una afirmación arriesgada y demasiado rotunda que conviene matizar. De hecho lo más característico de la ganadería pampeano-bonaerense en la década de los 80 fue el considerable incremento del ganado vacuno mientras que decae el ovino que, sin embargo, sigue dominando el panorama pecuario. Si en 1881 la Provincia contaba con 4,8 millones de cabezas de ganado vacuno, en 1888 se había pasado a 8,5 millones, en el mismo periodo, la exportación de cueros pasó de 2,7 millones de piezas a 4,4 millones.⁶ Por su parte, el ganado ovino de Buenos Aires ascendía en 1890 a 52,6 millones de cabezas. El peso de estas cifras se notaba en el comercio exterior: De los 71,6 millones de pesos-oro que representaban las exportaciones del país en 1890, 16,6 millones procedían solo de los cueros bovinos y ovinos. No se compadecen estos datos con las afirmaciones de Rock. Sin embargo tiene razón en el aspecto de que la ganadería no contribuyó a fomentar la inmigración.

En la Pampa la expansión de las haciendas ganaderas fue anterior a la construcción del ferrocarril. Este crecimiento de la ganadería en detrimento de la agricultura por falta de comunicaciones (al contrario de lo que ocurre con los productos agrícolas, los ganados se mueven solos) condicionó el tamaño de las explotaciones y también el menor uso del trabajo. Cuando se produce el alud inmigratorio, las relaciones de propiedad en la Pampa Húmeda estaban definidas previamente.

Otro podría ser el caso de la Patagonia, extensísimo territorio incorporado al control gubernamental después de 1870. Pero aquí fueron las duras condiciones de trabajo y de clima las que desanimaron a la población para instalarse a pesar de la disponibilidad de terreno. En el censo de 1869, aparecen tan solo 153 colonos de origen galés y

un número de indígenas estimado en 24.000. En 1890 se censan 24.041 habitantes (sin incluir indígenas) lo que traduce un considerable aumento si tenemos en cuenta lo exiguo de la cifra inicial pero que representa igualmente una cantidad insignificante (0,73% del total de la República) en relación a la enorme extensión del territorio⁷.

Distinta fue la función de la agricultura, primero en la Provincia de Santa Fe y, posteriormente, en la de Buenos Aires, en donde la expansión del ferrocarril, los bajos precios de la tierra (aunque con numerosas oscilaciones) y la crisis de 1890 que liberó mano de obra, hasta entonces absorbida por el mercado urbano, y produjo una subvaloración del peso que hizo muy competitivos los cereales argentinos en el exterior, crearon las condiciones para un traslado de población hacia las zonas rurales fenómeno que se produce durante la década de los 90 pues, a partir de 1900 el vertiginoso crecimiento del precio de la tierra que pasó de 6,8 pesos-oro/Ha. en 1894 a 182 en 1912, frenó el proceso⁸. Para entonces, sin embargo, el trigo se había convertido en el principal rubro de exportación de la Argentina superando ampliamente a los productos ganaderos. También las exportaciones de lino y maíz se incrementaron considerablemente. Las cifras del comercio exterior son reveladoras de la nueva estructura de las exportaciones: En 1910 el total de exportaciones ganaderas (cueros, lanas, carnes congeladas) sumaba 129,789 millones de pesos oro, el de las agrícolas (trigo, maíz, lino) representaba 177,066 millones⁹.

Si la ganadería no representaba una fuente de trabajo y la agricultura tardó en proporcionar empleos, parece que la industria debería haber actuado como dinamizadora del mercado laboral. Sin embargo los orígenes de la industria argentina moderna están vinculados tanto a la agricultura como a la ganadería. Los establecimientos que podíamos considerar industriales (frigoríficos, molinos de yerba mate, molinos de harina, bodegas, ingenios) eran muy dependientes de las otras actividades y, por lo tanto, muy sensibles a las oscilaciones que pudieran sufrir. Eso significaba que no representaban una fuente segura de empleos y lo mismo podían demandar una gran cantidad de mano de obra que podían expulsarla dependiendo de la coyuntura.

Muchos tratadistas se han preguntado por qué en Argentina fracasó parcialmente la industrialización mientras que en un país de estructuras económicas similares, como Canadá, tuvo más éxito.

Se ha sostenido que una de las principales dificultades para el desarrollo de las industrias en la Argentina fue la pequeñez de su mercado interno que, además estaba muy fragmentado. Ciertamente Canadá estaba al lado de un mercado muy grande y en constante expansión y contaba con recursos naturales más variados que Argentina (los forestales, por ejemplo) además de acceder a fuentes de energía más baratas (saltos de agua). Pero hasta 1914 no existen considerables diferencias de crecimiento industrial entre un país y otro. Si a partir de 1914 crece la diferencia a favor de Canadá se debió a ese cúmulo de condiciones objetivas de las que acabamos de hacer mención. Pero hasta 1914 ni hay notorios desniveles en la política

4 Roberto Cortés Conde: *El progreso argentino (1880-1914)*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1979.

5 David Rock: *Argentina, 1516-1987*. Alianza Editorial, Madrid, 1985.

6 Cfr. Roberto Cortés Conde, O.C. en Nota 4.

7 Julián Ripa: *Inmigrantes en la Patagonia*. Ed. Marymar, Buenos Aires, 1987.

8 Precios referidos a la Provincia de Buenos Aires. Horacio Giberti: *Historia económica de la ganadería argentina*. Ed. Raigal, Buenos Aires, 1954.

9 Vicente Vasquez Presedo: *Estadísticas históricas argentinas comparadas*. Ed. Maccho, Buenos Aires, 1976.

industrialista, ni en la naturaleza de las respectivas industrias. De hecho, entre 1875 y 1914, la industria Argentina crece a un promedio anual del 8,1%. Este sorprendente ritmo de crecimiento está liderado por la industria frigorífica y la industria textil que tuvo en los años 90 del S. XIX una etapa de rápida expansión. La razón de ello es que la naciente industria nacional surgió para aprovechar una materia prima cercana a los lugares de transformación (lana, carne, lino, algodón) y que por sus bajos costos (más en lo referente a la materia prima que a los salarios) podía competir con la producción exterior que tenía que agregar los costos de transporte. Incluso determinados productos como la carne congelada o las harinas competían ventajosamente en los mercados internacionales.

A fines del S. XIX el Gobierno argentino trató de dar impulso a la industria harinera fomentando la instalación de plantas fabriles y de elevadores de granos. La Sociedad de Empresarios de esta rama productiva, fundada en 1901, se convirtió en uno de los grandes grupos mundiales de su género. Sin embargo las exportaciones estuvieron limitadas por la feroz competencia norteamericana y la política proteccionista de los países europeos que trataban de defender su propia producción. Aún así, la harina argentina pudo penetrar en mercados como el brasileño que, en 1904, consumía 100.000 toneladas de las 800.000 anuales que se producían en el país platense.

El frigorífico inició sus actividades en 1882 embarcándose al año siguiente el primer contingente de carne congelada. En sus primeros momentos la carne que se enviaba era de ovino que se pagaba en el mercado británico un 30% menos que el que procedía de Nueva Zelanda debido a su inferior calidad. La mejora de la cabaña nacional permitió competir internacionalmente. Poco después se incorporaría la carne de vacuno, el famoso "chilled" que invade el mercado británico a partir de 1901.

La práctica totalidad de la industria frigorífica argentina estaba en manos extranjeras y tres empresas dominaban la producción. Una serie de afortunadas circunstancias (sequía en Australia, Guerra boer, conflictos laborales en Chicago y Nueva York...) convirtieron a la primera década del S. XX en la edad de oro de los frigoríficos.

La llegada del ferrocarril a Tucumán en 1876 resultó de importancia decisiva para la expansión de la industria azucarera. De una producción de 30.000 Tns en 1885, se pasó a más de 300.000 en 1910. Gracias a las ayudas otorgadas por el gobierno que abarataban los costos de transporte, desde los años 90 el azúcar tucumano estuvo presente en el mercado inglés hasta que en 1903 la Convención de Bruselas cerraba gran parte del mercado europeo al azúcar subsidiado.

El desarrollo de la industria del vino constituyó otro de los capítulos destacados del crecimiento económico argentino de estos años. En Mendoza, que contaba con 2.500 hectáreas dedicadas al cultivo de la viña en 1881, se pasó a 48.000 en 1910 y las variedades francesas se habían impuesto definitivamente sobre las que habían llevado los españoles. Ese año la producción de vino alcanzaba los 3 millones de Hl. para un consumo probable de 3,5 millones de Hl. Posiblemente ninguna industria de las que aparecen a fines del siglo XIX en Argentina, esté tan ligada a los inmigrantes como ésta actuando, al mismo tiem-

po, como elemento fijador de población en zonas rurales. En 1910, el país era el primer productor continental de vinos por encima de Chile o Estados Unidos. También progresó la elaboración de cervezas y licores. Empresas cerveceras como Quilmes o Palermo contaban en 1900 con los últimos adelantos técnicos y eran industrias punteras en su campo.

A fines del S. XIX la industria textil estaba bastante desarrollada. Salvo las calidades superiores, que se importaban el resto se producía en el país... La expansión del cultivo cerealero potenció la fabricación de sacos. Cinco empresas dedicadas a esta actividad eran capaces en 1900 de producir 100 millones de unidades/año. Como se practicó una política proteccionista en este rubro la industria saquera no tuvo que sufrir competencias exteriores.

En manos de inmigrantes italianos estaba la industria de transformación de metales que incluía fundiciones, fábricas de tornillos, clavos, camas, balanzas, utensilios de cocina, herramientas, barras y vigas. El gobierno apoyó también la producción de fósforos, vidrio, papel y tabaco entre otras manufacturas.

Los trabajadores industriales ascendían en 1895 a 175,7 miles de los que 103,3 eran extranjeros. En 1910 eran ya 410,2 miles siendo extranjeros 200,6. Los convidados a las celebraciones del Centenario de la Independencia, tuvieron ocasión de contemplar, con cierto asombro, los avances de todo orden de la joven y exultante República. En ese año, culmen de la Argentina Feliz, la situación era tan excepcional que muchos autores se resistían a incluir al país en el conjunto de las naciones latinoamericanas y preferían enmarcarlo en otro grupo junto a Australia, Canadá o Nueva Zelanda.

EL MERCADO DE TRABAJO

Todos los autores que han estudiado la evolución del mercado de trabajo en Argentina destacan dos hechos paradójicos y, aparentemente, contradictorios: En la segunda mitad del S. XIX Argentina tenía un enorme déficit de mano de obra como consecuencia de su exigua población pero, al mismo tiempo, existía un vasto sector de trabajadores ocasionales de baja cualificación y muy poca estabilidad en el empleo. Los peones y jornaleros constituían el 20% de la población activa del país y casi el 40% si nos referimos a la Provincia de Buenos Aires¹¹. La creación de una oferta de empleo estable constituyó el punto central de una política que atendía a la formación de un mercado de trabajo pero las contradicciones del desarrollo del capitalismo en Argentina contribuían a crear trabas para este objetivo pues cada sector económico estaba regido por distintas, y a veces muy rígidas, leyes de empleo. Mientras que la administración pública o el servicio doméstico estaban en plena expansión, el campo continuaba manteniendo una oferta de trabajo estacional que fomentaba las migraciones- golondrina pero no ayudaba a fijar estas migraciones en el país, lo que explica, en opinión de Roberto Cortés Conde, que el número de inmigrantes que entró en Argentina entre 1870 y 1914 fue bastante superior al que quedó en el largo plazo.

10 Roberto Cortés Conde: *La economía argentina en el largo plazo. S. XIX y XX*. Editorial Sudamericana-Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 1997.

11 Cfr.: Hilda Sabato: *Trabajar para vivir o vivir para trabajar. Empleo ocasional y escasez de mano de obra en Buenos Aires, ciudad y campaña, 1850-1880*. En Nicolás Sánchez-Albornoz (Comp.): *Población y mano de obra en América Latina*. Alianza Ed., Madrid, 1985.

Al menos hasta 1890, tanto en la ciudad como en el campo la necesidad de mano de obra estaba muy condicionada por los ritmos estacionales. Mientras predominó el ovino, la temporada alta de empleo comenzaba con la esquila en octubre prolongándose hasta comienzos del siguiente año. Luego la demanda pasaba a la ciudad donde era necesario almacenar y prensar la lana que llegaba en el ferrocarril para luego cargarla en los barcos. Estos ritmos afectaban incluso a trabajadores urbanos que no tenían nada que ver con el mundo agropecuario: El caso de las lavanderas y planchadoras cuyo trabajo se multiplicaba en verano o el de los carboneros que tenían mucha más demanda en invierno.

Además de las bajas estacionales, el mercado de trabajo también se veía afectado por las crisis cíclicas del propio sistema que, aunque generadas en otras latitudes, eran rápidamente importadas por la estrecha relación entre la economía argentina y la mundial. Cuando en 1890 cayeron las exportaciones y la demanda de mano de obra se redujo en Buenos Aires, el excedente de trabajadores afectado fue parcialmente absorbido por el sector agrario en una etapa de expansión de las tierras cultivadas originando un fuerte traslado de población de la ciudad al campo. A su vez, en la ciudad, las obras públicas, la construcción y los ferrocarriles se convirtieron en la principal bolsa de trabajo aunque tampoco llegaba a crear empleos con carácter estable. Como la inmigración continuaba aportando nuevos recursos humanos y la población crecía a un fuerte ritmo (de 4.954.911 hab. en 1895 se pasó en 1914 a 7.885.237), el mercado de trabajo evolucionó de oferte a demandante lo que creó problemas sociales importantes. En 1910 se había frenado la expansión de tierras cultivadas al tiempo que la construcción y la industria entraron en un período de desaceleración en su actividad (el índice de crecimiento de la industria descendió del 7,8% en la primera década del S. XX al 2,2% en la segunda). Pero los inmigrantes seguían afluyendo:

Inmigración de Ultramar llegada a la Rep. Argentina (1909-1913)

1909	231.084
1910	289.640
1911	225.772
1912	323.403 (año récord)
1913	302.047 ¹²

A estas alturas todos los observadores coincidían en señalar dos problemas: La elevada proporción de extranjeros en el conjunto de la población nacional (2.357.952 según el censo de 1914 frente a 5.527.285 argentinos) y la mala distribución del trabajo consecuencia de la estacionalidad de las actividades.

Lo que en su momento fue positivo (la llegada de inmigrantes), acabó convirtiéndose en un problema social de importancia que parcialmente se solucionó con la caída de los saldos migratorios debida en parte a la crisis económica de 1912-13 y, en parte, a la gue-

rra de 1914-18. El Departamento Nacional del Trabajo señalaba en 1914 la disparidad entre la oferta y la demanda de mano de obra:

Finalmente, como lo hacíamos notar en otra oportunidad, el país ha sostenido, desde 1907, mayor número de brazos del necesario para su actividad. Esto ocurre a causa del deficiente sistema de distribución de brazos, no regularizado aún por falta de la experiencia consciente de los distintos organismos destinados a llenar esta función o por la ausencia de métodos científicos y de obra colectiva o gubernamental que sistematice las corrientes de flujo y reflujo de brazos de los centros a las regiones agrícolas¹³

La cara amarga del desarrollo argentino fue, en estos años, la cuestión salarial. La situación económica de los empleados empeoró entre 1890 y 1910. El alza constante de precios y alquileres consumió el salario y neutralizó los aumentos que pudieran percibirse. Con excepción de los años 1893-94 y 1900-1905 el resto del período presenta una pérdida de capacidad adquisitiva y un empeoramiento de las condiciones salariales de la masa trabajadora¹⁴. Tal vez el aspecto más sórdido de esta situación fue la constante subida del precio de los alquileres.

El lugar de habitación de la clase trabajadora porteña fue, por excelencia, el conventillo. La gran oleada inmigratoria y la fiebre amarilla de 1871 marcan el nacimiento de este tipo de casa de inquilinos descrita por muchos viajeros como la más incómoda del mundo. El llamado Barrio Alto, paradójicamente situado en la parte más baja de la ciudad, junto al río, residencia de las clases altas, fue diezmado por la epidemia de 1871 lo que obligó a sus moradores a trasladarse buscando lugares más salubres. Sus antiguos palacios se llenaron con los trabajadores de los saladeros, los mataderos, los frigoríficos, con las prostitutas, los marginados y la masa inmigrante donde el "gayego" y el "tano" marcaban las diferencias:

El antaño llamado barrio del Alto, pese a ser el más bajo de Buenos Aires, poblado en días de esplendor por las familias más representativas de la sociedad porteña, era ahora barrio de conventillos. Diez años atrás, la epidemia de fiebre amarilla había impulsado a Balcárceles y Anchorenas, Ezcurras y Álzagas, Elías y Canés, Sarraiteas y Ocampos, a desertar de la zona y establecerse en el norte de la ciudad con sus fortunas, sus apellidos y su espléndida salud, dejando los edificios tenidos por peligrosos para vivienda de los más pobres, sin abandonar su propiedad ni olvidar sus rentas¹⁵.

Efectivamente, de sus rentas no se olvidaron en absoluto. Obtenidas de los elevados alquileres que sus administradores cobraban por una miserable habitación en la que se hacían familias completas que compartían baño y cocina, se convirtieron, debido a la demanda y a la carencia de viviendas baratas, en una fuente de pingües beneficios. El ambiente de estas corralas lo han descrito numerosos autores argentinos. Uno

12 H.A. Silva: O.C. en Nota 1

13 Citado por Roberto Cortés Conde: *El mercado de trabajo*. Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires, 1974.

14 Hobart Spalding: *La clase trabajadora argentina (Documentos para su historia, 1890-1912)*. Ed. Galerna, Buenos Aires, 1970. También sobre

este tema José Panettieri: *Los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva, 1870-1910*. Universidad Nacional de La Plata, 1966.

15 Horacio Vázquez Rial: *Frontera Sur*. Alfaguara, Madrid, 1994.

de ellos, Eugenio Cambaceres, el gran novelista de los Ochenta, lo pintaba así en su obra *En la sangre* de 1886:

Dos hileras de cuartos de pared de tabla y techo de cinc, semejantes a los nichos de un inmenso palomar, rodeaban el patio angosto y largo. Acá y allá, entre las basuras del suelo inmundo, ardía el fuego de un brasero, humeaba una olla, chirriaba la grasa de una sartén, mientras bajo el ambiente abrasador del sol de enero, numerosos grupos de vecinos se formaban, alegres chacotones, los hombres; las mujeres, azoradas, cuchicheando.

Por un cuarto semejante, pagaba Roque, uno de los personajes masculinos de la novela de Vázquez Rial *Frontera Sur*, 6 pesos por mes en 1881.

Esa cantidad equivalía a seis jornadas laborales de 10 horas de duración teniendo en cuenta que el salario promedio de un obrero no cualificado en 1882 era de 10 centavos la hora. Para los años Noventa se ha calculado, a partir de los escasos datos con que se cuenta, que un trabajador porteño gastaba un 20% de su salario en vivienda y entre un 50 y un 60% en alimentación con lo que, en el mejor de los casos, disponía tan solo de un 30% para vestidos, medicinas y otras necesidades. La situación del trabajador rural era bastante peor pues los salarios de la agricultura y la ganadería estaban por debajo de los de la industria y los servicios. Mientras que un trabajador urbano no cualificado percibía un salario real de 36 pesos mensuales en 1882 y de 62 pesos en 1912, el peón o jornalero rural recibía en los mismos años 24,30 y 34,60 pesos respectivamente¹⁷.

En el periodo que contemplamos hay dos etapas bien diferenciadas en cuanto al comportamiento de precios y salarios: De 1880 a 1900 y de 1901 a 1914. En el primero los salarios subieron más y los precios menos pasando los salarios de 36 pesos mensuales promedio a 58 mientras que el índice del coste de la vida (considerando 1903 como base 100) variaba de 65 a 95. En el segundo periodo el comportamiento fue a la inversa pasando el salario promedio mensual de 58 pesos en 1901 a 60 en 1914 mientras que el coste de la vida (base 100 para 1903) subía de 101 a 133¹⁸.

El cambio de tendencia está motivado por varios factores: Una mayor afluencia de inmigrantes entre 1900 y 1913 con respecto a la década anterior unido al parón del crecimiento agrícola que dejó de absorber mano de obra, la estabilidad monetaria y el alza de los precios internacionales. El precio de la vivienda, por la afluencia de inmigrantes, se disparó duplicándose en 9 años al pasar de 6,56 pesos/mes en 1903 a 13,02 en 1912. Al mismo tiempo que la media de ocupantes por habitación se incrementa en un 50%.

LOS PRINCIPALES APORTES MIGRATORIOS: ITALIANOS Y ESPAÑOLES

Tradicionalmente se ha alimentado la idea de que las migraciones europeas a América afectaron de manera especial a la franja mediterránea que coincide con la de

los países más atrasados de Europa. De ahí la tendencia a identificar atraso económico con emigración. Cuando se inicia la gran ola inmigratoria a comienzos de los Ochenta las cosas, sin embargo, no eran exactamente así. Los países europeos que enviaban más emigrantes a ultramar en relación a sus habitantes eran, por este orden: Irlanda, Noruega, Reino Unido, Suecia, Portugal, España e Italia. Casualmente los tres países mediterráneos incluidos en la lista ocupaban los tres últimos lugares si atendemos al número de salidas por cada 10.000 habitantes¹⁹. Treinta años después la situación había cambiado y el orden de países era Italia, Portugal, Reino Unido, España, Irlanda, Finlandia, Austria-Hungría.

De estos datos podemos concluir que el fenómeno migratorio europeo afectó a la casi totalidad de los países con independencia de su nivel de desarrollo económico y de su régimen político y ello debido a que la complejidad del proceso excede los condicionantes económicos para incluir aspectos demográficos, sociales, culturales y políticos.

Para el caso concreto de Argentina, los dos países que mayores aportes de inmigrantes realizaron fueron mediterráneos: Italia y España. Ello fue debido a la afinidad cultural y a una mayor facilidad de aclimatación. Los Censos Nacionales argentinos nos ofrecen la siguiente evolución

1869	
Italianos 71.442
Espanoles 34.080
Total Hab 1.743.352

1895	
Italianos 492.636
Espanoles 198.685
Total Hab 3.954.911

1914	
Italianos 929.863
Espanoles 829.701
Total Hab 7.885.237

En algo más de cien años (de 1871 a 1981), según las estadísticas oficiales italianas, se expatriaron a la Argentina, 2.971.721 individuos de aquella nacionalidad, de los cuales, un tercio (993.715) corresponden al periodo que va de 1876 a 1904. De esta masa inmigrante, regresó a su país un total de 887.031 repatriados siendo el saldo definitivo de inmigrantes que se quedaron en Argentina de 1.090.975 personas.

En el momento de la inmigración masiva, la mayor parte de los emigrantes italianos a Argentina procedían de las regiones del norte (Piamonte, Véneto, Lombardia, Liguria), pero a partir de 1900 será el sur quien se coloque en primer lugar (Campania, Calabria, Sicilia). La región que más contribuyó a proporcionar emigrantes fue, a lo largo de este periodo, Lombardia, con 300.000 personas seguida de Calabria y Sicilia.

Esta inmigración tiende a situarse en Buenos Aires. En 1887 el 32% de los habitantes de la capital eran italianos mientras que solo el 9% eran españoles. En 1914 el porcentaje de italianos había descendido al 20% mientras que el de los españoles prácticamente lo igualaba (19,5%)

¹⁷ Roberto Cortés Conde: O.C. en Nota 13.

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Marcello Carmagnani: *Emigración mediterránea y América. Archivo de Indianos*, Colombres, 1994.

Esta presencia tan importante se tradujo muy pronto en la organización de entidades asociativas que fortalecieron los lazos de solidaridad y, al mismo tiempo, contribuyeron a facilitar la integración. En 1880 había ya 80 asociaciones mutualistas, culturales y recreativas. La primera fundada fue la Cofradía de María Santísima de la Misericordia en 1857 seguida de la Agrupación "Unione e Benevolenza" de 1858, ambas en Buenos Aires. Más antigua es la prensa que aparece en 1854 (La Legione Agricola).

El asociacionismo italiano llegó a reunir antes de 1914 a 500 entidades de todo tipo cuya labor cultural, asistencial y educativa tuvo una enorme importancia.

No es extraño, por lo tanto, que el "tano" se hubiera convertido desde fines del S. XIX, en personaje habitual del teatro popular, de la literatura costumbrista y de las letras del naciente tango, aunque no siempre para hacerle justicia como ocurre en *Juan Moreira*, el drama gauchesco de Eduardo Gutiérrez en el que el "gringo" Sardetti aparece caracterizado como un ser ambicioso, un intruso que se sirve de cualquier medio para enriquecerse frente a la noble estampa del valeroso gaucho Moreira que se convierte en un matronero, víctima de la codicia de su oponente. También en el "Martín Fierro" hay una insultante referencia a estos "gringos" que recorren como mercachifles las estancias de la Pampa chamullando un lenguaje medio español medio italiano que las élites porteñas calificaban despectivamente de "cocoliche":

**Era un gringo tan bozal
Que nada se le entendía
Quien sabe de ánde sería
Tal vez no juera cristiano
Pues lo único que decía
Es que era pa-politano**

No siempre se le trató tan injustamente. A veces el tango contribuyó a redimirlo en las letras que contaban su drama de emigrante. El mismo tango al que los "tanos" habían contribuido con su lengua y su creatividad. Los peringundines (salones de baile) anteriores a 1900 y la Guardia Vieja del tango (1900-1926) están atiborrados de apellidos italianos:

**Con el codo en la mesa mugrienta
Y la vista clavada en un sueño
Piensa el tano Domingo Polenta
En el drama de su inmigración**

**Y en la sucia cantina que canta
La nostalgia del viejo "paese"
Desafina su ronca garganta
Ya curtida del vino Carlón**

El inmigrante italiano que se incorpora en un primer momento al mercado de trabajo a través del ferrocarril. Las obras públicas y la construcción tuvo bastante éxito en su ascenso social. Fue un grupo que llegó muy rápido a la universidad: una parte importante de los hijos de inmigrantes italianos hacían estudios superiores. En 1900 por ejemplo, el 40% de los maestros y maestras de primaria de Buenos Aires eran ita-

lianos de origen y ser "normalista" no solo constituía una de las formas particulares de ascenso social sino también, como señala Francis Korn, una manera contundente de ser argentino²⁰.

La imagen de los españoles es distinta. En general dan la impresión, como grupo, de haber tenido tan solo un éxito relativo. La mayoría de los inmigrantes españoles llegados a Argentina se iniciaron en el mercado de trabajo en puestos laborales extremadamente bajos e incluso socialmente mal vistos. Es conocida la denuncia del periódico vasco *Irurac-Bat* sobre la situación de los emigrantes gallegos a mediados del S. XIX:

Los infelices gallegos sin oficio no pueden ser sino changadores, criados, serenos y soldados. Changadores, no encuentran donde ganar el equivalente de doce reales diarios que en aquel país no basta para vivir. Los demás pasan vida más miserable. Pero la miseria sería lo de menos; lo que sentimos es la deshonra que les cabe. Esos infelices niños de doce años que llegan a Buenos Aires y Montevideo, son entregados a ciertos agentes de los capitanes y consignatarios y estos agentes hacen su negocio abonando los pasajes. Para que en España sepan lo que pasa diremos que hay pocas prostitutas en Buenos Aires que no tengan muchachos por criados

Una excepción fue la de los emigrantes vascos debido a su temprana presencia en el Río de la Plata y, sobre todo, a su vocación agrícola que convirtió a gran parte de ellos en propietarios rurales en un corto espacio de tiempo. Pero la emigración española fue, salvo este caso, mucho más urbana que rural entre otras razones porque cuando se produce el gran aluvión inmigratorio español a partir de 1900, Argentina es también un país más urbano que rural aunque algún trabajo reciente está poniendo en cuestión esta vocación urbanita de los españoles. De todos modos conviene advertir que no se han hecho tantos estudios sobre la emigración española en ultramar y el caso italiano nos es bastante mejor conocido. De ahí que el prototipo de emigrante español siga siendo el del individuo de muy escasa cualificación profesional que trabaja en el sector industrial o en el de servicios y cuyo éxito económico es muy relativo concretado, en la mayor parte de los casos en su conversión en pequeño comerciante o bolichero siendo el triunfador que se convierte en gran o mediano empresario un fenómeno bastante excepcional.

El retrato tipo del emigrante español a la Argentina corresponde al de un varón, menor de 30 años, de origen campesino, procedente del Norte-NO de la Península, con un bajo nivel de alfabetización (pero con alguno) y de capacitación laboral. En cuanto a su integración en el mercado de trabajo se observan ciertas diferencias regionales. Por ejemplo, los gallegos, en razón de su escasa formación profesional, trabajaban predominantemente en el servicio doméstico, la construcción o en labores no especializadas mientras que los catalanes o los andaluces tenían más facilidad para ocupar puestos más cualificados (dependientes, tenedores de libros etc.)²¹.

Curiosamente el emigrante español a Argentina presentaba un nivel de alfabetización superior al de los que no emigraban. En 1914 en España era analfabeto 1 de

20 Francis Korn: *Buenos Aires, los huéspedes del 20*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1974.

21 Blanca Sánchez Alonso: *La inmigración española en Argentina. Siglos XIX y XX*. Ediciones Júcar-Archivo de Indianos, Colombres, 1992.

cada dos habitantes mientras que en Argentina lo eran 1 de cada 4 emigrantes lo que parece indicar, como señala la Profa. Sánchez Alonso, que saber leer y escribir resultó un incentivo para emigrar²².

De acuerdo al censo argentino de 1897, los españoles residentes en Buenos Aires se dedicaban, porcentualmente a las siguientes actividades profesionales:

Agricultura, ganadería y pesca	0,4%
Industria	21,8%
Transportes	3,1%
Comercio	3,8%
Trabajo doméstico	24,2%
Profesiones indeterminadas	22,7%
Actividad desconocida	20,7%
Actividades administrativas, liberales, empresariales y otras	2,9%

Estos datos no están discriminados por sexos lo que implicaría algunas variables.

CONCLUSIONES

Argentina fue, después de Estados Unidos, el país que recibió mayor contingente de inmigrantes en el conti-

nente americano. La masiva afluencia de hombres y mujeres, especialmente desde Italia y España, cambió sustancialmente la fisonomía del país. En primer lugar en el aspecto demográfico, pero también en el económico, cultural, social y político.

El extraordinario desarrollo económico del país que vive entre 1880 y 1914 el periodo de mayor auge de su historia no ayudó, sin embargo, a crear un mercado de trabajo estable lo que originó fuertes trasvases de mano de obra de la ciudad al campo para compensar la pérdida de puestos de trabajo como consecuencia de las crisis económicas periódicas que afectaron al país. Aún así, Argentina ejerció un atractivo por encima de las situaciones coyunturales sobre los trabajadores europeos, sobre todo los campesinos, que buscaban mejorar sus condiciones de vida. Italia y España contribuyeron con los mayores contingentes pero su comportamiento fue desigual: Mientras que Italia mantiene la hegemonía con anterioridad a 1900, a partir de ese año los españoles pasan a convertirse en el principal aporte de manera que en 1914 estaban prácticamente igualadas las dos colonias.

En el mercado de trabajo argentino, los italianos fueron mejor sucedidos que los españoles, al menos por lo que sabemos a través de las imperfectas estadísticas oficiales y los escasos estudios que hay sobre el tema de la inmigración española.

²² Ibid. Carlos Sixirei: *Galeguidade e Cultura no exterior*. Xunta de Galicia, Santiago, 1995.